

“Dar apariencia de virtud al vicio”.

Discurso público y discurso oculto en los pueblos obreros del Monte Bajo, Estado de México



“Giving the Appearance of Virtue to Vice”.

Public Discourse and Hidden Discourse in the Working-Class Towns of Monte Bajo, State of Mexico

CARLOS ARTURO HERNÁNDEZ DÁVILA

Escuela Nacional de Antropología e Historia

México

Correo: carlosarturohernandezdavila@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-9810-5916>

DOI: 10.48102/hyg.vi57.387

Artículo recibido: 1/12/2020

Artículo aceptado: 28/01/2021

ABSTRACT

Based on James C. Scott's proposal regarding the tension between public discourse/hidden discourse, this text aims to account for said tension in the town-factories of the so-called Monte Bajo (today Nicolás Romero, State of Mexico), starting from the analysis of materials available in various documentary sources (archives, workers' press, "bourgeois" press, oral testimonies). The tension between both discourses and their various expressions (in gestures as well as in gossip, concealment, simulations, etc.) not only shaped the relationships between employers and workers, but also between the latter in their daily coexistence, inside and outside the workplace factory, creating a sophisticated "art of resistance".

Keywords: Public Transcript, Hidden Transcript, Town-Factory, Workers, Workers Press, Capitalism, Virtue, Vice, Strike.

RESUMEN

A partir de la propuesta de James C. Scott en torno a la tensión entre discurso público/discurso oculto, el presente texto pretende dar cuenta de dicha tensión en los pueblos-fábricas del llamado Monte Bajo (hoy Nicolás Romero, Estado de México), a partir del análisis de materiales disponibles en diversas fuentes documentales (archivos, prensa obrera, prensa “burguesa”, testimonios orales). La tensión entre ambos discursos y sus diversas expresiones (lo mismo en gestos que en murmuraciones, ocultamientos, simulacros, etc.) no sólo moldeó las relaciones entre patrones y obreros, sino además entre estos últimos en su convivencia cotidiana, dentro y fuera de la fábrica, creando un sofisticado “arte de la resistencia”.

Palabras clave: discurso público, discurso oculto, pueblos-fábrica, obreros, prensa obrera, capitalismo, virtud, vicio, huelga.

PORTAL: OBREROS IMAGINARIOS Y OBREROS REALES EN EL MÉXICO DEL SIGLO XIX

Uno de los más longevos extrabajadores del pueblo-fábrica de San Ildefonso aún recuerda una anécdota contada por sus padres y abuelos, sobre un compañero, veterano curtido en muchas luchas y huelgas desde finales del siglo XIX, quien solía subir a las mesas de la pulquería Las Tres Naciones (llamada así en honor de los tres pueblos-fábrica que justo delante de sus puertas se congregaban, cada 16 de septiembre, con sus bandas de guerra y sus banderas para saludarse mutuamente). Ahí, lejos del escrutinio de administradores, capataces, alcaldes y curas, lanzaba sin pudor ni diplomacia un antiguo grito de guerra:

Brindo porque soy patriota
Y también republicano
Que chingue a su madre Carlota
Y también Maximiliano.¹

¹ Testimonio de Agustín Moctezuma González, comunicación personal, 11 de enero de 2009.

Dicha arenga era celebrada con salvas de aplausos y rondas de pulque, y suscitaba nuevas diatribas contra emperadores, presidentes y demás autoridades, pasadas y presentes. “Vulgaridades altisonantes”, propias de “pelados, gañanes, indios y obreros” (sin olvidar que en muchos casos la conjunción de estas características en la misma persona era frecuente), la cuarteta parecía evocar y certificar el antiguo abolengo militante de los pobladores de la región frente a los invasores franceses. Los obreros que así se mofaban de la figura imperial sabían que, de hacerlo en un lugar público, quedarían expuestos a las críticas de los “leídos y escritos”, como calificaba a los enemigos de clase un corresponsal obrero, es decir, los empresarios o intelectuales que no compartían ni su causa ni sus formas de expresión.² Los obreros saben que están empezando a levantar la voz, con una manera a menudo impropia de la urbanidad y la decencia, como lo leemos en otro periódico, *El Hijo del Trabajo*, cuando uno de sus editores sostiene:

¿Por qué para aquellos operarios no hay ni una palabra de consuelo, ni un consejo, ni una promesa? Qué ¿no se comprende que esos operarios sufren horriblemente obligados por la necesidad? Nosotros hemos hecho uso, según un colega, de frases ampulosas, de sentido doble o rebuscadas, y nuestros impugnadores han hecho uso de palabras muy bonitas, que han formado un ropaje vistosísimo, pero de oropel, con que han cubierto el asqueroso esqueleto de los ricos.³

“¿Frases ampulosas, de sentido doble o rebuscadas?” *¿Amplificatio* o *acomodatio* como nuevas imágenes retóricas populares de

² “Los obreros de San Luis Potosí”, *El Socialista*, 24 de septiembre de 1871.

N. B. Debido a la contingencia sanitaria por causa de la pandemia en curso, ha sido imposible verificar las referencias completas de los periódicos obreros que se consultaron. En consecuencia, hay irregularidad en la información proporcionada. Invoco la comprensión de los lectores.

³ “El capital y el trabajo”, *El Hijo del Trabajo*, periódico social e independiente, año II, número 57, domingo 26 de agosto de 1877, p. 1.

uso ordinario en el discurso obrero? De esta “toma de la palabra”⁴ y sus consecuencias nos interesan las formas en las que circulan, reciben y devuelven, interpretados o no, comprendidos o no, los diferentes discursos en el establecimiento de la cultura obrera en una región del valle de México.

Para esto hemos elegido un escenario concreto. Desde mediados del siglo XIX, la municipalidad de Monte Bajo, en el Estado de México, había visto crecer, en los antiguos ranchos del Gavilán y San Ildefonso, las fábricas textiles de San Ildefonso (1847), La Colmena (1850) y Barrón (1851). Según José C. Valadés⁵ y John M. Hart,⁶ una de las primeras huelgas en el México decimonónico sucedió en San Ildefonso en 1865, cuando los obreros paralizaron la fábrica, exigiendo condiciones de trabajo menos abusivas. Dirigieron una carta al emperador Maximiliano, y como respuesta recibieron una feroz represión: los huelguistas fueron detenidos y amarrados con cuerdas, para público escarmiento y enviados prisioneros a Tepeji del Río, Hidalgo.⁷ La misiva inicia señalando que “Los tejedores de la fábrica de San Ildefonso ante su M. I. con el mayor respeto y sumisión comparecemos diciendo que hallándonos oprimidos por una inmensa calma a consecuencia de varios abusos que cometen los dueños de esta fábrica exponemos lo siguiente”, y pasan a explicar tanto la rebaja de salarios como la opresión que les causa estar sujetos a comprar en la única tienda permitida dentro de su pueblo (cuya dueña es la propia fábrica). Sin aumento de salarios y dejando éstos en la tienda, alegan que

de nada sirve que pongan en nuestras manos lo poco que adquirimos en nuestro trabajo, porque tenemos la precisa necesidad de consumirlo en dicha tienda para los precisos alimentos de nuestras familias y para hacernos alguna ropa no nos alcanza, ni

⁴ Michel de Certeau, *La toma de la palabra y otros escritos políticos*.

⁵ José C. Valadés, *El socialismo libertario mexicano, siglo XIX*.

⁶ John M. Hart, *Los anarquistas mexicanos, 1860-1900*.

⁷ *Ibidem*, p. 63.

de la más ínfima clase, y principalmente aquellos que se hallan cargados de familia que la mayor parte lo estamos: así como afectados del pecho y del pulmón por lo fuerte de nuestro trabajo por lo cual hemos hecho alto. Intertanto: Imploramos la justicia y clemencia de S. M. se digne remediar nuestras necesidades en lo que recibimos merced y gracias.⁸

Esta declaración de una de las primeras huelgas en el México decimonónico, sumisa y confiada, contrasta con la forma tan poco respetuosa con la que los nietos de estos obreros, menos de medio siglo después, evocaban a Maximiliano y a Carlota con una soberana mentada de madre en la pulquería. Fusilado en el cerro de Las Campanas, éste no podía ya defenderse.

En Monte Bajo y sus fábricas la memoria popular nunca bajó la guardia en el agitado periodo que abarca la formación y afianzamiento de la dinámica fabril a la orilla de sus ríos. Los obreros fueron testigos (y a veces protagonistas) en la intervenciones norteamericana y francesa, o en la guerra de Reforma y sus diferentes ramificaciones. Sin duda alguna, las fábricas incrementaron su actividad bajo la compleja pero eficaz consolidación del porfiriato, el cual se vivió en Monte Bajo como un periodo de relativa bonanza no exenta del todo de huelgas y otros conflictos. En esos años convulsos, la construcción del obrero y de “lo obrero” caminó al lado de la reconfiguración discursiva de una patria que no terminaba de despuntar. Ambos imaginarios demandaron, en su momento, sus propias narrativas fundantes, y fue así que en el último tercio del siglo XIX México vio florecer y circular, por ejemplo, las incipientes imágenes fotográficas de los “tipos nacionales”.⁹

⁸ AGN. “Queja de los trabajadores de la fábrica de tejidos San Ildefonso por las malas condiciones de trabajo”, 4 de octubre de 1865, Segundo Imperio, Caja 40, Exp. 72, 2 fs.

⁹ Por ejemplo, Ilihutsy Monroy ha insistido en el peso que la voz y la letra tuvieron en la consolidación de la imagen del chinaco, a caballo entre la literatura,

Moldear al obrero (*real e imaginario*) en el siglo XIX, requirió, por parte de las elites políticas, empresarios, intelectuales y de los propios obreros, la confrontación entre el discurso público y el discurso oculto propuesta por James C. Scott,¹⁰ tensión visibilizada en el constante choque en los gestos, por el control y la creación de espacios considerados como propios, o en el uso diferenciado de determinados símbolos aparentemente compartidos con sus antagonistas de clase como los rituales cívicos o religiosos: la confrontación entre ambos discursos discurrió con asiduidad en la forja de relaciones con todos aquellos con quienes compartían vida, espacio y destino. En sus acciones y discursos, los obreros incurrían a menudo en la contradicción de maneras muy bien calculadas: por ejemplo, para justificar sus movilizaciones o huelgas, echarán mano de un lenguaje que oscila entre el anarquismo más radical para luego dar paso a la negociación más disciplinada. Asimismo, y al referirse a la Iglesia católica, su actitud se movió entre la tolerancia más ejemplar y el anticlericalismo más recalcitrante. En sus propios periódicos se reconocerán a sí mismos como “hermanos y camaradas”, “heroicos y ejemplares mexicanos”, “hombres de su siglo, liberados de las tinieblas de la ignorancia”, pero en sus pueblos y fábricas no dudarán en robar, pleitear o incluso embrujarse entre sí.

Sin embargo, y como pretendo demostrar, tales evidencias son la constatación de la forma en la que, desde la segunda mitad del siglo XIX y a lo largo del XX, es observable la configuración de una cultura obrera “subalterna”. Los estudios sobre la clase obrera en México se acrecentaron a partir de las dos últimas décadas del

los dichos, refranes y corridos, pasando de la oralidad al universo letrado de los intelectuales liberales de la época. Ilihutsy Monroy, “La voz y la letra en torno a Nicolás Romero: el pueblo y las élites en la creación del heroísmo chinaco”, pp. 7-36. Guy Rozat se pregunta sobre la relación/diferencia entre los *indios imaginarios* e *indios reales*, en Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*. Ambos ejemplos se enmarcan en lo que Michel de Certeau denominó “la praxis histórica”.

¹⁰James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*.

xx, durante las cuales se desarrolló una innovadora corriente de exploraciones de diverso calado y que apostaron, entre otros métodos de trabajo, por una vigorosa utilización de la historia oral. La saga de investigaciones es generosa y, por ende, imposible de reseñar en este momento, mas para los fines que perseguimos es de justicia señalar los trabajos de Mario y Cuauhtémoc Camarena Ocampo, quienes destacan los modos en los cuales los obreros supieron combinar sus orígenes campesinos con los nuevos ritmos que la vida fabril desempeñaba en la instauración de nuevos marcos espaciales y temporales dentro de los pueblos fabriles. Especial énfasis imprimen los autores en el refinamiento de las formas de organización política, así como en las relaciones entre barrio, sindicato e identidad, o en las tácticas y estrategias de disciplina e indisciplina obrera como formadora de clase.¹¹ Es menester nombrar también el papel de los trabajos sobre la amplia zona de Córdoba y Orizaba, entre los que destacan los de Bernardo García,¹² Enrique Rajchenberg¹³ y Aurora Gómez.¹⁴ Estas obras (y muchas más) abrieron diversos enfoques más allá de la idealización del sujeto obrero antes, durante y después de la Revolución mexicana e incluso explican (en el caso de Gómez) el fracaso de la política del Estado posrevolucionario en el sostenimiento de las industrias, debido, entre otras cosas, a la aplicación de políticas excesivamente proteccionistas.

¹¹ De Cuauhtémoc Camarena habría que destacar, “Las luchas de los trabajadores textiles mexicanos, 1865-1907”, pp. 173-310; sobre la obra de Mario Camarena, mucho más extensa, sólo mencionaremos: “Un estudio de caso sobre el movimiento obrero: la industria textil en el Distrito Federal (1928-1935)”; “La lucha de los hilanderos del valle de México (1920-1928)”, así como *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores de San Ángel (1850-1930)*.

¹² Bernardo García Díaz, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz, México*.

¹³ Enrique Rajchenberg S., “Tradición e identidad: la clase obrera de Orizaba (1900-1920)”.

¹⁴ Aurora Gómez Galvarriato, *Industry and Revolution. Social and Economic Change in the Orizaba Valley. Mexico*.

A las fábricas de este municipio, mucha de la literatura académica las suele ubicar más bien en Tlalnepantla, Estado de México. El refinamiento del estudio sobre estas fábricas, así como de las luchas y condiciones de vida de sus obreros, ha sido felizmente resarcido gracias sobre todo a diversas tesis de licenciatura y posgrado que varios investigadores han realizado en las últimas tres décadas. Mencionemos por ejemplo el trabajo seminal de María Antonieta Ilhui Pacheco Chávez sobre el papel de las mujeres obreras en las fábricas a lo largo de los siglos XIX y XX,¹⁵ o los estudios de Gilberto Vargas Arana¹⁶ y Christian Élfego Sánchez García sobre las luchas obreras desde una lectura municipalista que no escapa al análisis regional,¹⁷ así como el aporte de José Gustavo Becerril Montero.¹⁸ Por último, es digno de mencionar la investigación de Margarita García Luna sobre la industrialización en el Estado de México.¹⁹ En conjunto, estos textos tienen la enorme virtud de servir como indiscutibles guías archivísticas y documentales sobre esta microrregión y sus fábricas.

Leamos a Scott desde Monte Bajo. Por discurso público, este autor entiende “una descripción abreviada de las relaciones ex-

¹⁵ María Antonieta Ilhui Pacheco Chávez, “Mujeres: tejiendo e hilando a la clase obrera en México. (Las mujeres de La Colmena, Barrón y San Ildefonso durante el proceso de formación de la clase obrera en México, 1846-1920)”.

¹⁶ Gilberto Vargas Arana, “La trinidad del hilo y la joya de papel. Desarrollo industrial en Monte Bajo-Nicolás Romero, Estado de México, de la segunda mitad del siglo XIX a la Revolución de 1910. Las fábricas de hilados y tejidos de lana: San Ildefonso y de algodón: La Colmena y Barrón, y la papelera El Progreso Industrial”.

¹⁷ Christian Élfego Sánchez García, “Los pueblos obreros de La Colmena, Barrón y San Ildefonso: reivindicación y cultura obrera en Nicolás Romero, Estado de México, 1847-1929”.

¹⁸ José Gustavo Becerril Montero, *Las fábricas de San Antonio Abad y San Ildefonso (1842-1910). Producción y tecnología en la manufactura de hilados y tejidos de algodón y lana*.

¹⁹ Margarita García Luna, *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*.

plícitas entre los subordinados y los detentadores del poder”,²⁰ mientras que recurre a la categoría de discurso oculto “para definir la conducta ‘fuera de escena’, más allá de la observación directa de los detentadores del poder”.²¹ Pero, es preciso insistir en esto, este discurso trasciende la oralidad: “El discurso oculto es, pues, secundario en el sentido de que está constituido por las manifestaciones lingüísticas, gestuales y prácticas que confirman, contradicen o tergiversan lo que aparece en discurso público”.²² En estos pueblos, hasta cuando se calla se está diciendo algo: lo dicho (o hecho) delante del patrón o sólo entre camaradas mantiene grados de valencias claramente diferenciadas que los interesados deben aprender a interpretar (incluidos los antagonistas). “Fuera de escena”, el robo hormiga se justificaba con la consigna de que “lo hecho en México es para los mexicanos”,²³ y el patrón era mentado como “el cabrón que nos roba el dinero”.²⁴ En contraparte, cuando los empresarios dirigían sus quejas por escrito a las autoridades para denunciar los abusos de los obreros, no dudaban en describir a estos como “caprichosos, borrachos e idiotas”.²⁵ Sin embargo, en la patio de la fábrica o en la capilla, más de una ocasión unos y otros intercambiaron parabienes, buenos deseos y recíprocos deseos de salud, bendición y prosperidad.

El debate está servido. Para Scott, la presencia de estos discursos (y sus contantes reconversiones) en la interacción entre clases poderosas y subalternas no sólo es más frecuente de lo que podemos imaginar, sino que además las palabras pueden estar calculadas a la perfección en su lógica interna de operación. El libro

²⁰ Scott, *Los dominados*, op. cit., p. 24.

²¹ *Ibidem*, p. 28.

²² *Idem*.

²³ Extrabajador Ángel Escalona, entrevistado el 1 de diciembre del 2009.

²⁴ Mario Camarena, “Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte”, p. 12.

²⁵ Jeffrey Bortz, “*Without Any More Law Than Their Own Caprice*”: *Cotton Textile Workers and the Challenge to Factory Authority During the Mexican Revolution*, p. 267.

de Scott (que transita con mucha libertad desde los datos históricos hacia las reflexiones etnográficas sin dejar de lado la utilización de materiales literarios) enmarca estas tensiones dialécticas en una operación de constante preocupación por el desciframiento y traducción de lo que realmente el poderoso y el subalterno dicen o hacen en ausencia, presencia, ocultamiento o disimulo. Los actos o manifestaciones públicas, la solidaridad de clase, los mecanismos de vigilancia y ocultamiento, el disfraz político (implícito en el anonimato, el refunfuño o el eufemismo) nos ayudan a entender esta *infrapolítica* que a menudo se encuentra disimulada con gran ingenio bajo capas tan delgadas que ocultan la práctica de resistencia delante de los ojos mismos de quienes desean controlarla. Scott agrega: “generalmente los discursos ocultos de los poderosos y de los subordinados *nunca se tocan*”.²⁶

Pasemos ahora a revisar algunos testimonios que se contradicen, anulan o refuerzan entre sí. De varios temas posibles, hemos elegido aquellas fuentes que se refieren al trato de los obreros entre sí, que incluyen las exposiciones públicas del ideal de fraternidad en abierto contraste con la realidad ordinaria de la convivencia cotidiana. Nos detendremos también en los discursos que dan cuenta de la contradicción entre los contantes llamados a cultivar la virtud, entorpecidos por una irremisible propensión al vicio, así como a las expresiones obreras en torno a la huelga y la lucha como forjadora de la patria obrera.

LA ILUSIÓN DEL INDISOLUBLE LAZO DE LA FRATERNIDAD EN MONTE BAJO

A lo largo del siglo XIX el valle de México estaba poblado por una extensa red de pueblos indios nahuas u otomíes, o de mestizos pobres, cuya organización territorial y social se había configurado

²⁶ Scott, *Los dominados*, *op. cit.*, p. 40.

lentamente desde la colonia, y cuyos habitantes ingresaban con incertidumbre a los nuevos modos de representación política luego del advenimiento de la República. Monte Bajo no era la excepción, y al arribo de las fábricas el proceso de consolidación de sus habitantes como sujetos políticos apenas estaba iniciando.²⁷ En 1848 el alcalde de Monte Bajo, en respuesta a la solicitud e información acerca del estado que guarda su territorio y la posibilidad de la existencia de mano de obra para las fábricas próximas a ser instaladas, señala que:

La miseria origina la emigración de los vecinos que careciendo de sitios pa[ra] sembrar se transporten a México o a las poblaciones o haciendas inmediatas [...] siendo sus propiedades tan chicas que apenas permiten sitios para ubicar sus casas. Hay de particular en este último pueblo [San Miguel Hila] y el de Magú que sus habitantes trabajan el ixtle, tanto en ayates como en otras piezas chicas para sus servicios personales, haciendo ventas de sus manufacturas, las cuales son más especiales en Magú, por su mejor echura [*sic*].²⁸

Del informe del alcalde se desprenden múltiples datos, entre ellos el que denuncia la situación de escasez y penuria que obligaba a los indios a migrar entre haciendas, ranchos u otros pueblos, o bien a las cercanías de la ciudad de México.²⁹ Otro informe nos muestra que en Monte Bajo “los terrenos son de tan mala calidad, que sólo a fuerza de reiterados beneficios se logra prepararlos para sembrar en ellos maíz, haba y cebada, sembrando también algún

²⁷ Claudia Guarisco, *Los indios del valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política, 1770-1835*.

²⁸ AHMNR, Ramo Policía, Caja 1, exp. 1848, citado en Pacheco Chávez, “Mujeres: tejiendo e hilando”, *op. cit.*, p. 7.

²⁹ Uno de los personajes de la novela *El periquillo sarniento*, del escritor Joaquín Fernández de Lizardi es un “pelado”; es decir, un indio originario de Azcapotzaltongo y cuyo oficio en la ciudad es el de peón, criado o mendigo.

trigo en los ranchos y haciendas. Las cosechas son tan mezquinas que sólo dan lo preciso para el gasto de los indígenas”.³⁰

Dos décadas después de estos lastimosos informes, y cuando algunos obreros se habían convertido en corresponsales de diversos periódicos, sus plumas nos describen un ambiente impensable hasta hacía poco tiempo. Así parece confirmarlo una carta firmada por Pedro Varela, Gregorio Tenorio y Policarpo Cortés, a la sazón obreros de alguna de las tres fábricas de Monte Bajo, a la redacción de *El Socialista*, describiendo un ambiente impensable hacía unos pocos años:

A vosotros que estáis encargados de procurar el progreso de vuestras Sociedades y asegurar el porvenir de nuestros hermanos, nos dirigimos deseosos de daros un pormenor del buen éxito que ha producido entre nosotros el espíritu de asociación, uniéndonos en un solo cuerpo y caminando con idénticas tendencias las fábricas de san Ildefonso, La Colmena y Barrón. Esto es, sembrando entre nuestros hijos la semilla del bien, para que ellos mismos recojan los frutos que do quiera esparce esta virtud. Para la realización de esta doctrina, se verá que entre nosotros no hay divergencias, no obstante la diversidad de creencias que cada cerebro anida: somos, como debe ser el hombre del siglo, tolerantes y respetuosos con las opiniones de nuestros hermanos; entre la gran masa que forman las tres fábricas y que se halla indisoluble con el lazo de la Fraternidad, se encuentran protestantes, católicos, masones, espíritas, etc., y nunca hemos deslizándonos en el terreno de los altercados, porque todos vamos a un mismo fin: ¡ejercer el bien de la humanidad! Descorrer el tosco sayal de la ignorancia, que está entre nosotros y la luz; ¡arrancar la pesada venda con que el fanatismo tradicional oprimiera nuestros ojos y llegar iguales al puerto de la civilización! Este es, queridos hermanos, el sendero que se ha trazado la asociación despertada en el siglo XIX: sus virtudes, sus frutos consoladores y sus futuros

³⁰ *Anales del Ministerio de Fomento, colonización, industria y comercio de la República Mexicana*, pp. 409-411.

resultados no nos detendremos en describirlos, porque vosotros los conocéis demasiado; lo único que añadimos es que nosotros, en la actualidad, disfrutamos de todos sus beneficios.³¹

La labor en los telares creó un nuevo lenguaje sociopolítico y dio paso a una pluralidad religiosa inédita en estos pueblos. Los indios llegaron a las fábricas, y en sus alrededores construyeron pueblos en los que reprodujeron un modo de vida campesino sintetizado con los usos y costumbres del nuevo mundo obrero, en donde el tiempo ahora se regía no por la campana parroquial sino por el silbato de la fábrica. Y sin duda uno de los elementos distintivos de este *habitus*³² emergente se dio justo a través de la asociación *inter pares*. Si al interior del pueblo de indios la adscripción quedaba garantizada por la pertenencia a la comunidad por los derechos ancestrales, que daban acceso a la tierra, en las fábricas el carácter étnico, el paisanaje y el parentesco sirvieron también al establecimiento de la asociación obrera y el tejido de alianzas dentro y fuera del espacio fabril, susceptibles éstas de ser extendidas a otros pueblos-fábrica allende los límites municipales. En los nuevos pueblos-fábrica los indios son mayoría, pero la diversidad demográfica se ha extendido: un padrón de la fábrica de San Ildefonso del año 1855 nos muestra, por ejemplo, la presencia de obreros y técnicos especializados de origen británico, francés o estadounidense, que se suman a los obreros de origen mestizo. Quienes comparten el espacio fabril son clasificados de acuerdo con su oficio (carpinteros, albañiles, herreros, sastres, hojalateros y jornaleros).³³ Entre compañeros, dentro de las fábricas, ser indio no es un problema: sí lo es para algunos periodistas o corresponsales obreros que desean empujar al gremio hacia la “civilización”. No hay que olvidar que en México durante el siglo

³¹ *El Socialista*, 12 de diciembre de 1874.

³² Pierre Bourdieu, “Postfacio”, p. 152.

³³ AHMNR, Padrón formado en esta fábrica de San Ildefonso del vecindario que existe hoy día 31 de marzo de 1855.

xix, tal y como lo advierte Brian Hamnett, la categoría “indio” es más social que étnica, y él mismo pone el dedo en la llaga sobre el “problema” indio común a liberales y conservadores:

el indio podría ganar el acceso a la nación por medio de la educación cívica, convirtiéndose efectivamente en un ciudadano de la república y adquiriendo, por consiguiente, los derechos y deberes civiles. A juicio de Francisco Pimentel, por ejemplo, que escribía sobre la situación de la población indígena en 1864, “mientras que los naturales guarden el estado que hoy tienen, México no puede aspirar al rango de nación propiamente dicha. Nación es una reunión de hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una misma idea y que tienden a su mismo fin”.³⁴

La nación como proyecto de la modernidad será evocada hasta la saciedad en la incipiente prensa que acompañará sus luchas y que será la vía privilegiada de la difusión del discurso público del movimiento obrero decimonónico en México.³⁵ Pero la asociación obrera regional y nacional debe conjugarse con la nada fácil convivencia cotidiana en el mismo pueblo. Sabemos que el espacio habitacional obrero estaba constreñido a las *rancherías*. Éstas eran un conjunto de casas construidas en hilera, de un tamaño más bien modesto, insuficiente para albergar a una familia ordinaria, pues la mayoría de los obreros mantenían una cantidad impor-

³⁴ Brian Hamnett, “Liberales y conservadores ante el mundo de los pueblos. 1840-1870”, p. 171.

³⁵ Un listado más o menos extenso de estas herramientas impresas que son los periódicos obreros podría quedar así: *El Amigo del Pueblo* (1869), *El Instructor del Pueblo* (1853), *Clases Productoras* (1870), *La Revolución* (1871), *El Pueblo* (1873), *La Oposición* (1871), *El Obrero Internacional* (1874), *El Socialista* (1871), *El Atalaya* (1874), *América Libre* (1867), *La Huelga* (1875), *La Humanidad* (1877), *La Voz del Obrero* (1877), *La Unión de los Obreros* (1877), *El Hijo del Trabajo* (1876), *La Comuna* (1874), *La Internacional* (1878); *Aurora* (1878), *El Pueblo Libre* (1880), *Círculo Obrero* (1880), *El 93* (1892), *El Obrero Mexicano* (1894) y *El Nuevo Nacional* (1888).

tante de hijos. Construidas de barro y tepetate, frecuentemente con techo de paja o palma, las rancherías significaron el nuevo tipo de asentamiento que se veían obligados a aceptar quienes migraban desde otros pueblos, atraídos por las moles fabriles. La ranchería es indisoluble de la fábrica, y ambas eran depositarias de códigos ocultos muy refinados. Además, vivir en aquella era una suerte de beneficio que se convirtió en permanente bandera de lucha entre los obreros a lo largo del tiempo. Por eso es que los administradores de las fábricas muchas veces utilizaron la concesión de estos espacios como formas de presión hacia sus operarios, pues aquellos que eran echados del trabajo, eran expulsados de inmediato también, junto con sus familias, de la vivienda, tal y como sucedió en Barrón en 1898 cuando

Ochocientas familias carecen de pan por una medida injusta a todas luces y motivada sólo por el deseo de un lucro indebido con el trabajo del pobre.

Hasta ahora las manifestaciones que han hecho los obreros huelguistas han sido ordenadas y pacíficas, conformándose con rondar las fábricas en pequeños grupos sin dar lugar al menor desorden, no obstante que comienzan a ser presa de la miseria más próxima, desde que en la tienda de Barrón ha sido fijado un gran cartel en que se avisa a los huelguistas *que todos aquellos que ya estén trabajando en otra parte, tendrán que abandonar y desocupar inmediatamente el cuarto que les daba la fábrica, o que sus muebles serán echados a la calle.*³⁶

De esta esta huelga y de su afligida narrativa parece burlarse un cronista de la prensa “burguesa” sólo un mes después al afirmar que:

podemos apostar doble a sencillo que los ochocientos rebeldes de Tlalnepantla han encontrado ya hospitalidad árabe con casa,

³⁶ *El Diario del Hogar*, 15 de enero de 1898.

vestido, sustento y algo más, en casa de ochocientos compadres, comadres, parientes, amigos y personas de estimación de cuya asistencia no carece en México ningún obrero o trabajador de ningún giro o industria. Desde la cabaña del compadre, y tortilla en mano, pueden extrabajadores hacer un palmo de narices a sus patrones durante varios meses y hasta tomar algunas medidas por el progreso de la industria nacional.³⁷

Esta nota nos sirve para informarnos sobre la importancia del lazo del compadrazgo como fuente de solidaridad obrera, la cual sin duda existía, si bien no exenta de múltiples conflictos, como trataremos de demostrar pues, dentro de estos conjuntos habitacionales, precarios y prestados, la vida no era tan afable, cortés y fraterna como la prensa de uno u otro signo participaban a sus respectivos lectores. La disposición de cada casa en la ranchería dejaba poco espacio para la intimidad y la privacidad y más bien propiciaba el hacinamiento, al que se sumaba la necesidad de compartir lavaderos, sanitarios y duchas.³⁸ Esta forzada vecindad fue un foco constante de pleitos, desencuentros y confrontación entre los obreros y sus familias, y ante esto las autoridades locales (personificadas en los jueces auxiliares), recibieron la encomienda de conciliar o dirimir conflictos de toda índole acaecidos en el entorno fabril, si bien en muchas ocasiones las obreras les hicieron saber “que no tenían pantalones”.³⁹ Una revisión más o menos acuciosa de los archivos locales registran las constantes denuncias de pleitos de cierta gravedad. Así lo expresa un juez auxiliar en La Colmena:

Tengo el honor de poner en conocimiento de usted que Antonio Núñez, vecino de esta Fábrica, se quejó ante mí que la Señora To-

³⁷ López I., “La semana”, *El Mundo*, t. I, núm. 6, 20 de febrero de 1898, p. 138.

³⁸ Si bien existían lavaderos en las fábricas, muchas mujeres (obreras o no) preferían lavar en el río Grande debido a la libertad con la que podían compartir información, chismes y murmuraciones lejos del control masculino o de los patrones o administradores.

³⁹ Pacheco Chávez, “Mujeres: tejiendo e hilando”, *op. cit.*, p. 93.

masa Franco, también vecina de este lugar y que anteriormente había sido su querida, lo anda molestando con celos, y que hoy ha tenido ella el atrevimiento de amenazar con una navaja a la señora Leoba Reyes, y llamando a Tomasa para que declarase esto dijo que porque Núñez sigue con ella y en la noche va a verla, por lo que tiene derecho de andar celándolo.⁴⁰

A la violencia por celos se suma, por ejemplo, el cruel delito de la violación: la obrera Manuela Gómez fue objeto de abuso por seis sujetos. La víctima desistió de levantar una demanda formal y quedó contenta con que sus agresores fueran despedidos de la fábrica y por lo tanto expulsados del pueblo; por otra parte, cuando el operario Saúl Rosas denunció la violación la que fue objeto su hija Juana Inés, al tiempo de reclamar la detención del culpable echó a su hija a la calle, negándole la posibilidad de reintegrarse al espacio doméstico.⁴¹ Como es notorio, los conflictos para regular la vida ordinaria en las rancherías por parte de los administradores de las fábricas fueron constantes: en 1874 el director de San Ildefonso prohibió la libre circulación de cerdos en las rancherías y en las inmediaciones de la fábrica. La medida incluía la confiscación de los animales si sus dueños no los mataban o vendían. Éstos alegaban, en defensa de dicha práctica, que los cerdos se convertían en bienes que ayudaban a engrosar su escaso patrimonio. La actitud prepotente del administrador fue cuestionada por los obreros, quienes lo imputaron de no darse cuenta de estar en México y “no en Argelia”.⁴²

Las alteraciones a los modos de convivencia solían solucionarse por las buenas o por las malas, incluyendo esta manera algunos elementos propios de las antiguas tradiciones otomíes de brujería, como el siguiente caso:

⁴⁰ AHMNR, Jueces Auxiliares, Fábricas, octubre-diciembre de 1874.

⁴¹ AHMNR, Jueces Auxiliares de las Fábricas, 11 de enero de 1888.

⁴² *El Socialista*, 17 de mayo de 1874.

Juzgado Auxiliar de Barrón.

Al C. Juez Conciliador de Monte Bajo

El c. Andrés Rojas, vecino de esta fábrica, se queja en este juzgado acusando a Seberiana Rosas y a Mariana, porque la misma Mariana le dijo que su esposa estaba embrujada y le dijo que la misma Seberiana la había embrujado. Le dijo que la había postrado en la cama, y que fuera a su casa de Seberiana y que fueron a arrancar una olla con muñecos que ella es la que tenía esas brujerías. El Sr. Andrés pide que le alivien a su mujer entre las dos que le han hecho el mal, porque bastantes médicos la han medicinado y no consigue alivio. Que si ella faltase ellas serán las culpables a su muerte.⁴³

Como vimos páginas más arriba, los pueblos se enorgullecían de que en ellos convivían, codo con codo, católicos, evangélicos, masones y espíritas, sin mencionar a los hechiceros, acaso para evitar la vergüenza de ser tachados por sus mismos camaradas, de atrasados y supersticiosos. Pero esta tolerancia religiosa no siempre se tradujo en una convivencia pacífica, lo que obligó a los obreros a exigir el cumplimiento, por parte de los patrones, de lo que la Constitución Mexicana mandataba al respecto:

Pero como en esta fábrica se trata de establecer el feudalismo, de ser dueños de nuestras conciencias, en una palabra, no tenemos garantías individuales. Pues casi directamente se ataca la libertad de cultos y de asociación. Los sres. Grant y Barton dedicaron a los obreros de esta fábrica el salón del establecimiento de instrucción primaria, y el salón de teatro; el primero para que celebraran sus actos religiosos la Congregación Evangélica, y ambos para las sesiones que celebrara la sociedad, en caso de que el Teatro se hallara ocupado como se halla ahora. Pero ni uno ni el otro se nos proporciona ya, con el fin de interrumpir o atacar nuestras ideas, tanto sociales como religiosas. Se nos pone de pretexto

⁴³ AHMNR, Jueces Auxiliares de las Fábricas, 8 de agosto de 1896.

para no prestar la escuela, de que se interrumpa el curso de la enseñanza; pero ¿qué los domingos dan clases los profesores? No. Desde luego se ve la aversión que se nos tiene, pues al par que se interrumpen los cultos católicos, a los católicos romanos se les ha hecho una capilla para la celebración de sus cultos; ¿qué derechos les asiste a estos que no les asista a ellos? El decreto dado el 14 del pasado en la fracción 1ª. Artículo 2º. Dice: “El estado garantiza en la república el ejercicio de todos los cultos. Sólo perseguirá y castigará aquellos hechos que, aunque autorizados por algún culto, importen alguna falta o delito con arreglo a las leyes penales”. ¿Por qué en san Ildefonso no ha de haber esta garantía, siendo que tenemos muchos que hemos jugado nuestras vidas, hemos derramado nuestras sangres en los campos del honor por sostener las instituciones democráticas y las leyes de Reforma? Esperamos que tanto las autoridades subalternas como el gobierno del estado como el gobierno general, fijen su atención en estos mal pergeñados renglones, y tomen las medidas que crean convenientes para aliviar los males que sufren los obreros de las fábricas, y poner coto a los abusos e infracciones de las leyes constitucionales que cometen varios administradores y propietarios en su finca, sólo porque se creen señores feudales de vidas y haciendas.⁴⁴

La libertad de la que gozaba la Congregación Evangélica se vio amenazada cuando las dueñas o esposas de los dueños de las fábricas se mostraron como activas impulsoras de iniciativas legislativas que proponían limitar (o más bien revocar) dicha tolerancia.⁴⁵ Contra esto, lo sugerente de la carta citada está en la lectura atenta que los obreros hacen del texto constitucional, además de reivindicarse como activos partícipes en las luchas que permitieron el triunfo de la Reforma. No es casual que, en 1864, los vecinos más prominentes de la cabecera municipal, así como

⁴⁴ *El Socialista*, 17 de marzo de 1875.

⁴⁵ Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*.

de los restantes pueblos originarios, piden al Arzobispado la erección del curato de San Pedro Azcapotzaltongo.⁴⁶ Los “notables” de la cabecera utilizan el argumento de la inusitada explosión demográfica, cuya causa es justamente la atracción que las fábricas ejercían en los pueblos de Monte Bajo y Monte Alto para justificar su petición, pero sin duda también les preocupaba la pluralidad religiosa existente en aquéllas, y que, con toda seguridad, representaba una amenaza indiscutible y un peligro efectivo en la lucha por el control del monopolio de la fe.⁴⁷ Pero los obreros conocen tanto el catecismo como la Constitución: ésta es apelada lo mismo por un vecino que se resiste a servir como juez auxiliar sin recibir una remuneración, como por aquel obrero “liberal” quien (en un acto fascinante de ironía *in extremis*) hace venir a su lecho de muerte al párroco de Azcapotzaltongo no para que éste lo unja y absuelva, sino para reiterar en su presencia el juramento de guardar la Constitución, comunicándole además al cura que ha legado a sus hijos “esas mismas creencias”.⁴⁸

⁴⁶ AGN, “Que se erija en curato la Vicaría Auxiliar de S. Pedro Azcapotzaltongo, Monte Bajo, perteneciente al Curato de Tlalnepantla Corpus Christi”, 1º. de abril de 1864. Dos meses después el asunto sigue vigente, como se aprecia en AGN, “Las autoridades y vecinos de San Pedro Azcapotzaltongo, Monte Bajo, impuestos de la mandado por V. E. Y. en su superior decreto recaído a nuestra humilde solicitud que precede, puesta a la sombra apostólica y paternal caridad de V. E. Y. en suplicándole sea servido de erigir en parroquia este pueblo que es vicaría auxiliar de la de Corpus Christi, 20 de junio de 1864”. Una buena revisión de este asunto se puede ver en Vargas Arana, “La trinidad del hilo y la joya de papel, *op. cit.*, pp. 238 y ss.

⁴⁷ La alarma del avance del protestantismo entre los obreros estuvo en la base de los esfuerzos de los patrones y administradores de las fábricas para contar con un capellán privado, e impulsando matrimonios católicos y otros temas similares. *Idem.*

⁴⁸ AHAM, Serie Parroquias, Azcapotzaltongo, “El padre vicario sobre la confesión de un hombre que ha pertenecido al partido liberal”, 1886, Caja 178, Exp. 40, 3fs.

“DAR APARIENCIA DE VIRTUD AL VICIO”:

EL INDIO-OBRAERO COMO FUENTE DE CONFLICTO MORAL

Para los obreros la pulquería es, como leímos al inicio de este texto, un hogar de la palabra libre. Sin embargo, en diversas fuentes escritas, las opiniones sobre el pulque hacen coincidir a empresarios y a intelectuales obreros como un elemento al que es preciso combatir frontalmente y con denuedo.⁴⁹ A propósito de las continuas huelgas en las fábricas propiedad de la emergente burguesía francesa y española que floreció al cobijo del porfiriato, Moisés González Navarro nos hace saber que

Una reñida polémica sostuvieron Carlos Arizti, a través de las columnas de *La Época*, y Telésforo García, en *El Monitor Republicano*. Según Arizti, el principal motivo de disgusto de los obreros era el trabajo nocturno; García se equivocaba al confundirlos con los arrieros o los gañanes. García respondió que los obreros de Arizti debían haber aprendido su lección, puesto que se declararon en huelga en su fábrica La Colmena; además, la higiene en las fábricas era mucho mayor que en las casas de los obreros. Arizti replicó que trabajaban más el lunes que el viernes, porque se les hacía más sensible la velada en los primeros días de la semana que en los últimos. García en su réplica hizo ver que con esa lógica no debían dejar de trabajar nunca; “quizá con la disminución de la jornada los resultados fueran peores, porque tendrían mayor tiempo para sus vicios”. *Los obreros tenían un instinto notable para dar apariencia de virtud al vicio, y las fiestas cívicas y religiosas las santificaban en las pulquerías.*⁵⁰

⁴⁹ Al respecto, remitimos al lector al excelente trabajo de Mario Barbosa Cruz, “Controlar y resistir. Consumo de pulque en la Ciudad de México, 1900-1920”.

⁵⁰ Moisés González Navarro, “Huelgas textiles en el porfiriato”. Arizti y García fueron dos inmigrantes españoles en los años inmediatamente anteriores al porfiriato, y durante el mismo alcanzaron un notable éxito empresarial, comercial e intelectual. Cf. Juan Manuel Ledezma Martínez, “Telésforo García: un emigrante montañés en el porfiriato”.

El origen de esta polémica provenía del llamado “combate por las veladas”, esto es, la exigencia patronal de trabajar por la noche, lo que provocó a lo largo de casi tres décadas diversas huelgas en las fábricas de Monte Bajo. En 1874 primero y más tarde, en 1877, los tejedores convocan a una huelga general en busca de anular una medida que consideran “antinatural”. Y casi veinte años después, en 1898, aquéllos se lanzan nuevamente a la calle en demanda de un ajuste salarial en compensación por su trabajo nocturno. En este marco, los obreros de La Colmena hacen un llamado al Gran Círculo de Obreros de México:

CIRCULAR. Los obreros de la Fábrica “La Colmena”, reunidos en junta general en el salón de sesiones, con el objeto de discutir sobre el mal resultado que les dan las veladas en su trabajo, y considerando que muchas familias quedan sumidas en la ignorancia a causa de no tener disponible ni aun siquiera en el corto intervalo de tiempo, cual es de seis de la tarde a nueve de la noche, tiempo sagrado que pudiera emplearse en algún aprendizaje; y sobre todo en pequeña distracción en el seno de la familia;

Considerando también que el entregarse al trabajo de día y de noche es contra el orden natural, pues aún los seres irracionales tienen sus horas de trabajo muy limitadas, lo que les permite, llegada la noche, recogerse en sus establos, abandonando sus fatigas para continuarlas el día siguiente;

Y considerando que, al ser el hombre formado a imagen de Dios, rey de la Creación, y entregarse al trabajo traspasando los límites naturales es ponerse en grado inferior a los irracionales; los que suscribimos, unánimemente conformes con las razones expuestas, convocamos a los obreros de las fábricas de toda la república para que, poniéndonos de acuerdo, trabajemos por la supresión de esas repugnantes veladas que tanto perjudican a la clase obrera. Por tanto, deseamos y suplicamos que en cada fábrica se cite a juntas para la discusión de esta humilde iniciativa, fijando a nuestros compañeros de las fábricas del Valle de México el plazo de un mes para su resolución.

Fábrica de “La Colmena”, marzo 8 de 1874.⁵¹

⁵¹ *El Socialista*, 15 de marzo de 1874, p. 3.

Como si su alegato estuviera basado en una suerte de teología natural, los obreros sostienen que el trabajo nocturno los deshumaniza, los vuelve seres irracionales.⁵² No es improbable que en esta polémica tuviera cierto peso la percepción campesina y otomí del nictémero como un tiempo delicado, nefasto.⁵³ Pero en su circular, los quejosos también exponen diversas razones, expresadas de tal forma que no encuentren objeción por la contraparte empresarial y por las autoridades, como la falta de tiempo para emplearlo “en un aprendizaje”, una actividad valorada en alto grado por estas últimas para erradicar los vicios de los trabajadores. Para estos obreros, los vicios emergían justamente en su antinatural sobreexplotación y, por enésima vez, se invoca a una Constitución que, por lo que hemos revisado, era conocida al menos en los apartados más ventajosos para la causa obrera: “La Carta Magna, suprimió al hombre-máquina y creó al hombre-socio. Basta echar una ojeada a los artículos 4º. y 5º. para convencerse de ésta verdad”, sentencia un editor obrero de *El Socialista*.⁵⁴

Pero donde los obreros veían un intento por transformarlos en hombres-máquina, los empresarios deseaban establecer la necesidad del incremento de la producción. En su apreciación, la resistencia obrera a incrementar los resultados no residía en razones “espirituales” sino en su atávica pereza. Contrario a la visión obrera (como es natural), los dueños y patronos sostienen que el origen de los vicios obreros son el ocio y la convivencia malsana

⁵² Un buen análisis del contexto histórico de los movimientos contra las “veladas” puede leerse en Camarena Ocampo, “Las luchas de los trabajadores”, *op. cit.*, pp. 42 y ss.

⁵³ Jacques Galinier, *Una noche de espanto. Los otomíes en la oscuridad*. En diversas entrevistas realizadas en La Colmena, Barrón y San Ildefonso, pude recoger testimonios de hombres y mujeres sobre la noche como un tiempo inestable, peligroso, cuando se manifiestan gentes y cosas que a la luz del sol no se miran de forma ordinaria, especialmente cerca de los ríos y canales que rodeaban a las fábricas.

⁵⁴ Cromwell, “El derecho al Trabajo”, *El Socialista*, 15 de febrero de 1874.

que sólo podían erradicarse inculcando un deseo de superación. Así, para los polemistas Arizti y García, la habilidad del obrero como simulador profesional, empeñado en hacer de las fiestas cívicas y religiosas un pretexto para la holgazanería y la embriaguez, es una constante que casi no admite excepciones. Pero de nuevo es aquí donde el discurso público del movimiento obrero hace eco de este discurso dominante como un acto de apropiación consciente. En efecto, en enero de 1875, los lectores obreros y no obreros de *El Socialista* leerían una proclama, ya no contra las veladas, sino contra los vicios propios más perniciosos: el derroche del salario en pulque y la celebración del “San Lunes”, prácticas que encontraban cada vez más arraigo. Según el autor de la nota:

Vicios hay entre las clases trabajadoras, y es preciso desterrarlos, y para esto, atacarlos de frente sin reticencias, sin miedo. Así pues, reprobamos esa viciosa costumbre de no trabajar el lunes, de dedicarlos al paseo, a la embriaguez, al derroche de una suma de dinero que representa una suma de penosos trabajos, y que economizada podría formar muy bien la caja de ahorros que evitarían muchos apuros a una pobre familia.⁵⁵

Y, una vez más, aparecen en escena el pulque y las pulquerías. María Antonieta Ilhui Pacheco documenta las formas de control que tanto autoridades políticas como administradores de las fábricas ejercían sobre las pulquerías, ubicadas de manera estratégica en los márgenes para evitar en lo posible su acosamiento.⁵⁶ Esto confirma la sugerencia de Scott sobre aquellos espacios que los obreros podían llamar propiamente “suyos”: si en Europa estos lugares eran las cervecerías y tabernas, los *pubs* y las hosterías, sin

⁵⁵ *El Socialista*, enero de 1875.

⁵⁶ Pacheco Chávez, “Mujeres: tejiendo e hilando”, *op. cit.*, pp. 59 y ss. La autora también recurre a un informe notarial de mediados del siglo XIX para dar cuenta de la siembra por parte de los obreros, y en los terrenos que les cedían los administradores de las fábricas, de extensos magueyales con propósitos que al lector no le costará trabajo adivinar.

duda que en el México rural y proletario este lugar lo llenaban las pulquerías. Scott sostiene que, en espacios como éstos, “las clases subordinadas se reunían, fuera de escena y después del trabajo, en una atmósfera de libertad estimulada por el alcohol. Estos lugares eran también sitios especiales para la transmisión de la cultura popular —que se manifestaba en juegos, canciones, apuestas, blasfemias y desorden— que normalmente no iban de acuerdo con la cultura oficial”.⁵⁷ Estas razones explicarán la feroz persecución hacia los productores, expendedores y consumidores del agua de las verdes matas. El problema no es nuevo: ya en 1857, Archibaldo Hope, fundador, dueño y administrador de San Ildefonso, se dirige a la presidencia municipal de Monte Bajo para denunciar que sólo en una semana se había visto obligado a despedir a tres familias pues los padres eran borrachos, ladrones o vagos, además de detener él mismo y remitir a los juzgados municipales a un vendedor de pulque “quien operaba ilegalmente dentro de su propiedad”.⁵⁸ Esta preocupación por el orden y la moral como garantes del progreso y la virtud, eran presentadas con un sentido de preocupación paternal, pues el mismo Hope había declarado que los obreros de su fábrica eran tenidos “como familia de su casa”,⁵⁹ si bien había sido el instigador de la violencia contra los obreros que en 1865 “habían hecho alto” contra él. Otro tipo de violencia está documentado con el caso de un administrador que ordenó a los vigilantes hacer fuego contra unos obreros que durante un paseo nocturno alborotaban (quizá luego de beber algunos pulques) al vecindario al grito de “Libertad y Reforma”.⁶⁰

Pero el telón de fondo de estos testimonios lo constituye la querrela entre los discursos públicos y ocultos en torno a las ideas

⁵⁷ Scott, *Los dominados, op. cit.*, p. 151.

⁵⁸ AHMNR, Presidencia, carta de D. Archibaldo Hope al Alcalde de Monte Bajo, 9 de junio de 1864.

⁵⁹ AHMNR, Correspondencia del Presidente Municipal, Juan Antonio Jácome, a la prefectura del Oeste de México, 14 de enero de 1848.

⁶⁰ “Gacetilla. Horrible”, *El Socialista*, año 5., núm. 136, 8 de agosto de 1875, p. 3.

de “virtud” en contraste con la de “vicio”, acaso una de las tensiones fundantes de las relaciones antagónicas dentro de las fábricas. Por ejemplo, en las nacientes fábricas textiles de la ciudad de Puebla, se “tenía escuela de moral cristiana y civil para los hijos de los operarios, así como médico y botica contratados”, elementos fundamentales en la construcción de un orden moralizante a ultranza, pues se pensaba que “La moral artística, civil y doméstica es muy recomendable, principalmente por lo que respecta a robos, faltas y pleitos”.⁶¹ Y, menos de cuatro décadas después, El Gran Círculo de Obreros de México⁶² había iniciado en 1872 sus acciones teniendo como su meta “mejorar la vida económica y moral de la clase obrera; capacitarla y ampliar su instrucción cívica; defenderla de los excesos tanto de los capitalistas como de los maestros artesanos; vincular a los obreros a escala nacional; proteger la industria y el desarrollo de las artes”.⁶³

Así, de manera sistemática, la prensa obrera, como si se tratara de un órgano propagandístico al servicio de los patrones, multiplicó sus llamados a fortalecer la moral y honrar las virtudes obreras, insistiendo en que “es menester unirnos, disciplinarnos, arrojar de entre nosotros las malas costumbres e ideas retrogradadas y darnos el abrazo de hermanos para trabajar todos unidos, no por el bien particular de un individuo, sino por el bien de todos”.⁶⁴ ¿Es esto una simulación de coexistencia del discurso público dominante, una estrategia obrera para aglutinar fuerzas mientras llegaba la hora de la anarquía, una suerte de “consentimiento”, como lo señala Scott?⁶⁵ Estas polémicas se mantuvieron más o menos vigentes, pues algunos periódicos antiobreros de-

⁶¹ *Documentos para la historia de la industria algodonera en Méjico, en lo fabril y en lo agrícola, o sea, narraciones y cálculos estadísticos sobre ella*, pp. 14-15.

⁶² Cfr. José Villaseñor Cornejo, “Orígenes del movimiento obrero mexicano. El Gran Círculo de Obreros de México, 1870-1880”.

⁶³ Carlos Illades, *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, p. 3.

⁶⁴ Francisco Acosta, “Los artesanos”, *El Socialista*, 9 de julio de 1871.

⁶⁵ Scott, *Los dominados, op. cit.*, p. 98.

nunciaban que los trabajadores “tenían un cuarto aseado, vestido decente, trabajo no mal retribuido, y taller higiénico; [mientras que] en el campo vivían en cuevas, vestían andrajos, ganaban un real y unos cuantos granos de maíz, y trabajaban bajo la lluvia sin protestar”.⁶⁶ Este tipo de argumentos se volvieron cada vez más recurrentes gracias al triunfo político del positivismo de los intelectuales porfiristas. En el caso que nos ocupa, la ocasión para centrar este debate sobre los atavismos indios de los trabajadores textiles mexicanos se reveló en 1898 cuando los obreros de La Colmena y Barrón se lanzaron a la huelga debido a la actitud de Desiderio Werck, administrador retratado como “extranjero y déspota”.⁶⁷ Para ese año, las grandes organizaciones obreras estaban a la baja, pues el Gran Círculo de Obreros de México se había ido apagando en su importancia e influencia debido a las divisiones creadas en su interior. Es por ello que los obreros de estas fábricas acuden al Congreso Obrero, y en especial al Club Político Morelos para mediar con los directivos de la empresa. El conflicto había dejado ya a las fábricas sin muchas esperanzas por haber dilatado la solución cuando muchos operarios se lanzaron en masa a pedir trabajo en la construcción del llamado Ferrocarril de Montealto, aunque la empresa encargada de este proyecto empezó a rechazar estas solicitudes, seguramente en connivencia con los administradores de La Colmena y Barrón, quienes acusaban a los obreros de “turbulentos y enredadores”. Veinte obreros fueron despedidos por ser instigadores de la huelga.

El dedo en la llaga lo puso *El Imparcial*, diario sin tapujos afín al pensamiento “científico”, cuando en sus páginas sus columnistas se lanzan a buscar las causas de los “males” que significan las huelgas. En sus editoriales queda clara su posición sobre los obreros como “enemigos del adelanto” que tanta falta le hace en el país:

⁶⁶ González Navarro, “Huelgas textiles”, *op. cit.*, p. 206.

⁶⁷ La crónica de esta huelga y el posterior debate sobre los indios-obreros, la recojo de los periódicos *La Convención Radical*, y *El Imparcial*, enero-marzo de 1898.

Además de la depresión de la raza indígena, se señala además la falta de alimentación como el origen determinante del poco rendimiento de la labor del obrero [...] a nuestro juicio, no es únicamente la falta de nutrición completa lo que le impide al obrero mexicano ensanchar el límite de su labor: entran en juego viejos hábitos de inercia, perezas tradicionales que informan del carácter de la raza indígena. El pueblo indígena está sentado, “hay que ponerlo de pie”, ha dicho un distinguido publicista.⁶⁸

Los indios-obreros ya no eran los hijos del pueblo levantado contra la opresión invasora durante la gran década nacional (1857-1867). En los albores del siglo xx son una carga que frenaba el progreso, y al mismo tiempo eran un pueblo deprimido (no hay que olvidar que, desde los tiempos coloniales, los indios habían sido catalogados como “melancólicos”). La prensa obrera responderá a favor del gremio señalando que, a diferencia de sus detractores (quienes ignoran sus condiciones reales de trabajo), la pereza es imposible dentro de un establecimiento fabril sujeto a la férrea disciplina de capataces y administradores.⁶⁹ Bajo el porfiriato, la apelación al indio muerto es incesante en museos, monumentos y expediciones arqueológicas, mientras que el indio vivo es sujeto de una violencia y represión excesivas.⁷⁰ El indio comunitario debería desaparecer para dar paso al obrero nacionalista, así fuera por la vía de la fuerza, y es así que de esta política de represión no estuvo exenta la clase obrera, pues el gobierno de Porfirio Díaz sometió a los círculos y colectivos obreros hasta volverlos sus aliados mediante la ocupación militar de los locales de los círculos y congresos obreros, como sucedió en 1877.⁷¹ Y, una vez más, como si de una simulación se tratara, encontraremos

⁶⁸ “Ecos de la última Huelga”, *El Imparcial*, diario ilustrado de la mañana, viernes 4 de marzo de 1898.

⁶⁹ *La Convención Radical*, domingo 13 de marzo de 1898.

⁷⁰ Félix Báez-Jorge, “Racismo y etnocentrismo en el pensamiento político del porfiriato y la Revolución mexicana (apuntes para el memorial del etnocidio)”.

⁷¹ Cuauhtémoc Camarena, “Las luchas de los trabajadores”, *op. cit.*, p. 46.

como respuesta los pronunciamientos de apoyo al Presidente, y la apelación a los valores y al orden que garantizan la Constitución. El discurso de un obrero ofrecido en San Ildefonso alienta a sus camaradas en este sentido: “Proseguid adelante en vuestro pacto social, y tomad como norma para todas vuestras acciones, la Constitución que actualmente nos rige. Respetad esta, no os desorientéis del sendero que nos marcan las leyes, y así lograremos la paz, el progreso, la verdadera civilización y la sólida prosperidad para nuestra clase y el bien positivo para la patria a quien le debemos todo”.⁷²

¿De verdad estamos ante declaraciones de sumisión frente al imperio de la ley? ¿Con qué derecho los que impiden el progreso llaman a construirlo? ¿Quién es el mejor custodio o intérprete de las nociones “respeto”, “Constitución”, “ley”, “orden”, “progreso”? Pareciera existir una operación verbal para despojar al poder de sus palabras: por ejemplo, no será inusual leer en la prensa obrera elogios continuos al cristianismo como una doctrina espiritual inherente al socialismo, la fraternidad y la solidaridad, que sin embargo se corrompe en manos del clero opresor y de una Iglesia empeñada en mantener el velo de la ignorancia en los ojos de la humanidad,⁷³ para luego dar paso a la creación de cofradías que veneraban a diversas advocaciones de la Virgen María (la Inmaculada Concepción de Barrón, Guadalupe en San Ildefonso y la Dolorosa en La Colmena) con altares dentro de los talleres y procesiones y misas al interior de las fábricas.⁷⁴

Veamos por ejemplo la forma en cómo los discursos públicos y ocultos de la clase obrera se movilizan con ocasión de las huelgas. En Querétaro, los obreros se manifiestan contra los malos tratos que ejerce contra ellos “el enemigo capitalista”, dueño de la fábrica

⁷² “*El Socialista*, gacetilla”, 11 de mayo de 1873, p. 3.

⁷³ Al respecto, *cf.* Isnardo Santos Hernández, “Modernidad y republicanismo en el discurso de los socialistas mexicanos. La prensa socialista (1869-1888)”.

⁷⁴ Entrevista a Martha Fragoso Sánchez, Barrón, 22 de enero del 2010.

queretana Hércules. En tono catastrófico, el texto habla sin intermediarios, aconseja al obrero y advierte al empresario de esta forma:

Que no te culpen mañana si, haciendo a un lado a ese fantasma que se llama gobierno, te gobiernas por ti mismo; que no te culpen mañana si, despreciando a esa meretriz que se llama Justicia, te haces justicia por tu mano [...] Si algún día en vez de fábricas contempláis ruinas, en vez de telares veis cenizas, en vez de riqueza tenéis miseria, en vez de pisar en alfombras pisáis sangre, no preguntéis por qué. Vuestros operarios todavía hoy son ovejas, mañana tal vez serán leones. ¡Ah de vosotros que provocáis su cólera! Entonces ellos, tan humildes, tan resignados, tan envilecidos, os dirán el día de la justicia: “¡De rodillas, miserables!”⁷⁵

La tensión permea sobre estas letras, y el *pathos* es evidente, como provocando sin encubrimiento la ira gubernamental contra su causa. En Monte Bajo los obreros de San Ildefonso están curtidados en represiones desde 1865 y, como si no hubieran aprendido la lección, en 1873 se lanzaron a una nueva huelga. Luego de varias jornadas de negociación, alcanzaron un acuerdo gracias a la mediación de una delegación nombrada por el Gran Círculo de Obreros de México, integrada básicamente por obreros de la fábrica vecina de La Colmena. Lo llamativo de esta crónica no está sólo en los logros alcanzados por los obreros, sino por el manejo de símbolos patrios que median el acuerdo con el administrador (extranjero), insistiendo en la forma en exceso cordial de la resolución del conflicto:

El 30 del mismo mes de octubre [de 1873] recibimos una invitación para asistir a un banquete que tuvo lugar en el *Puente Grande*, situado en el camino real inmediato a esta fábrica, donde solemnizamos tan fausto acontecimiento [...] A la una de la tarde salimos para dicho lugar, ostentando nuestro pabellón y con banderas desplegadas. Se nos incorporó el ciudadano

⁷⁵ González Navarro, “Huelgas textiles”, *op. cit.*, p. 67.

presidente del ayuntamiento, que venía a la cabeza de nuestros hermanos de san Ildefonso, a los que recibimos con muestras de cariño fraternal. Una vez en el puente grande, nos formamos y se nos hizo un paseo cívico por las autoridades y los defensores del trabajo, en seguida se pronunciaron varios discursos alusivos al objeto, y en los intervalos se oían los acentos armoniosos de una música de cuerda.

Al día siguiente, cuando los pajarillos elevaban al ser supremo sus cantares, *nosotros marchábamos hacia San Ildefonso, para dejar a nuestros compañeros entregados en la santa misión del hombre*. Por segunda vez nos acompañaba el ciudadano presidente municipal: todos formados y en el mejor orden llegamos a las puertas de la fábrica donde hicimos llamar al sr. Chemin, para la entrega de los trabajadores. El presidente de nuestra sociedad le hizo una ligera exhortación, *haciéndole tomar en las manos nuestro pa-bellón tricolor*, mientras entraban al trabajo nuestros hermanos.⁷⁶

Convergencia de las autoridades locales con los “defensores del trabajo”; despliegue de banderas y un “acto de entrega” de los obreros al administrador de la fábrica no sin antes haberle hecho tomar en sus manos el lábaro patrio. Todo en esta crónica es la descripción del *performance* de la infrapolítica que urden y tramam los obreros.

CIERRE: DISCURSOS QUE CONSTRUYEN ESPACIOS

Hemos intentado hasta aquí ofrecer un recorrido sobre las prácticas que nos permiten reconstruir las batallas por la palabra entre

⁷⁶ Jacinto Cortés, “Correspondencia del Socialista”, *El Socialista*, año 3, núm. 41, 12 de octubre de 1873, p. 2. La bandera es un símbolo de lucha obrera por excelencia. Con ocasión de otra manifestación obrera –para solicitar una audiencia con el general Díaz–, una crónica sostiene que se presentaron delante de él “llevando grupos y llevando banderas tricolor, el supremo magistrado les ha contestado que de ese modo no puede ni oírlos”. Cfr. “Los obreros”, *El Monitor Republicano*, quinta época, año 25, núm. 9, 10 de enero de 1875, p. 3.

obreros y empresarios en el México de la segunda mitad del siglo XIX, en este caso en una región indígena del Estado de México. Extendiendo su argumento, James Scott nos advertirá sobre el hecho de que “cuanto más grande sea la desigualdad del poder entre los dominantes y los dominados y cuanto más arbitrariamente se ejerza el poder, el discurso público de los dominados adquirirá una forma más estereotipada y ritualista. En otras palabras, cuanto más amenazante sea el poder, más gruesa la máscara”.⁷⁷ La coexistencia de los discursos públicos ocultos de cada bando en disputa tuvo, como una de sus más evidentes secuelas, la reconfiguración del espacio en los pueblos-fábrica, en donde la máscara que menciona Scott alcanzó diferentes escalas de espesor. A principios de la Revolución mexicana, las generaciones de obreros han cambiado notablemente su perfil, acumulando presencia y fuerza política en diversas regiones. Si en Monte Bajo el silencio ya se había roto desde hacía tiempo, los primeros triunfos revolucionarios en clave obrera produjeron lo que Scott llama “el rechazo de reproducción de apariencias hegemónicas”,⁷⁸ y las confrontaciones abiertas entre obreros y empresarios estuvieron marcadas por un cambio de posición del gobierno, cada vez menos proclive a cuidar los intereses del capital. La amplia descripción de los abiertos desafíos de los obreros a sus patrones, la instauración del capricho y la indisciplina en San Ildefonso, por ejemplo, está muy bien descrita por Jeffrey Bortz:

Although the complaints – foolish, undisciplined, drunken – were not new, the response was. During the Porfiriato, owners often griped about workers. Nonetheless, they had the ability to control them, to put them out of the factory, out of work if necessary. Now, after two years of revolution, Sanchez expressed the owners’ frustration about the “effect of the triumph” on his laborers. Revolution emboldened workers at the same time it

⁷⁷ Scott, *Los dominados*, *op. cit.*, p. 26.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 240.

undermined the ability of the owners – through the state – to repress them. This indiscipline was therefore different and more dangerous than its Porfirian counterpart. The millhands had won a general strike in 1911 and a contract in 1912. The new indiscipline represented not only labor’s protest but also its strength and its victories, victories born of revolution. The absence of labor discipline bothered the manager of the large San Ildefonso plant near Mexico City. In June 1912 he wrote to the Labor Office to complain about the “fiestas”. He noted that most religious holidays had been suppressed for some time, with notable exceptions that included the feast of Corpus Christi. Recently, however, the Church itself had minimized the importance of this holiday. As a consequence, the factory notified the workers that 6 June would be a regular workday with no time off for the customary celebration. The manager received no complaints when the millhands showed up at the factory that morning. After lunch, however, half of them neither returned to their posts nor advised the supervisor; they went to the fiesta. The manager fired those who left their jobs without warning or justification. He was, he insisted, a reasonable man who treated his workers well. Nevertheless, he knew that if you “pampered” them, “authority would lose its prestige and then the work would depend on the will of the millhands, who would enter and leave the factory on their own, without any more law than their own caprice”. Clearly this was no way to run a factory or a society. The caprice of workers could never replace the solid good sense of the owners. For the owners, the collapse of presidential hegemony strengthened rebellious elements inside the factories: successful strikes, widespread unionization and worker solidarity were now protected by a written contract. Unions, according to the proprietors, supported bad habits. Try to discipline one worker, they said, and the unions facilitated solidarity and weakened discipline. Sanchez Vallejo noted that if the factory tried to fire malcontents, it was often difficult to replace them. This was clearly a period in which the owners longed for the days of yore, when authority received respect.⁷⁹

⁷⁹ Bortz, “*Without Any More Law*” . . . , *op. cit.*, pp. 268 y 269.

El desacato abierto, la fiesta como sabotaje a la producción, la frustración patronal, el envalentonamiento obrero, la tensión entre respeto e indisciplina, permiten el choque frontal entre discursos que antes eran ocultos y ahora se traslapan a lo público sin temor a las represalias que sus abuelos o padres habían sufrido unas pocas décadas atrás

Este giro es reversible, de la fábrica al pueblo y viceversa. En efecto, mucho de lo que no ven ni patronos ni capataces fue posible gracias a secretas redes de complicidad: por ejemplo, en las puertas de entrada los vigilantes (quienes eran vecinos, amigos o parientes de aquellos a quienes debían vigilar) hacían caso omiso de los que ingresaban sus jarros de pulque escondidos debajo de los sarapes para soportar el frío de la velada. En ocasión de algunos conflictos, en los sanitarios se circulaban panfletos contra los patronos, o se escribían en las paredes los nombres de los “orejas” (espías) traidores a los de su propia clase. Las paredes oyen, pero, en las fábricas, ante estas acciones, nadie veía nada...

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX los discursos públicos y ocultos de los obreros expresaron este combate por el espacio en los pueblos fábrica siempre negociado, siempre en conflicto, siempre ritualizado: en La Colmena, Barón y San Ildefonso no hubo zonas vacías de sentido y de memoria, y de hecho cada parte del pueblo-fábrica es un discurso en sí misma: por ejemplo, en San Ildefonso los obreros bautizaron a sus rancherías con nombres como “California”, “Cuba”, “Chicago”, evocando lugares donde se sucedieron luchas obreras o antiimperialistas a finales del siglo XIX. Pero estas denominaciones combativas cohabitaban con la calzada Porfirio Díaz o con el canal de agua bautizado con el nombre de Yves Limantour, el plenipotenciario ministro de hacienda de aquél, nombradas así por los dueños de las empresas. Basta con ver los significados profundos que en el pueblo y la fábrica tuvieron tanto “la hacienda” como “el despacho”, es decir, la casa y el lugar de trabajo del administrador, lugares interdictos para los obreros y sus familias. La separación

de espacios de acuerdo con la clase social es un imperativo que se debía mantener, como apreciamos, por ejemplo, en la obra fotográfica de Antonio Azurmendi, fotógrafo y dueño de La Colmena en la penúltima década del siglo XIX, y quien nos legó imágenes interesantes del exterior de la fábrica y del interior de su hacienda, sin atreverse a tomar una sola fotografía del interior de la fábrica. La interdicción del espacio, al parecer, era recíproca.⁸⁰

Mucha agua ha corrido por el río Grande. A finales del XIX el municipio de Monte Bajo cambió su nombre por el del popular héroe chinaco y pasó a ser nombrado Villa Nicolás Romero. Hacia 1880 se estableció en su territorio la Compañía Explotadora San Ildefonso, antecedente de la Mexican Ligth & Power (posteriormente Compañía de Luz y Fuerza del Centro, extinguida en 2009). El siglo XX fue recibido tanto con la inauguración del muy recordado Ferrocarril de Montealto, como con la creación de la fábrica papelera de El Progreso Industrial. Fue a partir de 1910 que los vientos revolucionarios agitaron de tal manera a los pueblos-fábrica que los obreros se pusieron a la cabeza de la luchas político-electorales, olvidando el anarcosindicalismo de sus abuelos (acérrimos enemigos del sectarismo promovido por los partidos políticos y sus bravatas electorales)⁸¹ y, hasta 1996 esta villa (que además fue la cuna del líder obrero Fidel Velázquez) fue un bastión del priismo tutelado por la Confederación de Trabajadores de México (CTM), la cual arrebató –no sin violencia– los sindicatos locales tanto a la Confederación Regional Obrera de México de Luis N. Morones como a lo que quedaba de la Confederación General de Trabajadores, heredera del Gran Círculo de Obreros de México, que para entonces ya era un fugaz recuerdo que se disiparía junto con quienes vivieron esos años.⁸²

⁸⁰ Al respecto, conviene revisar el estudio de Patricia Massé, *Juan Antonio Azurmendi, Arquitectura doméstica y simbología en sus fotografías (1896-1900)*.

⁸¹ “Los obreros de San Luis Potosí”, *El Socialista*, 24 de septiembre de 1871.

⁸² Aún hoy, en La Colmena los antiguos obreros recuerdan los conflictos de 1926 entre obreros “rojos” (afiliados a la Central General de Trabajadores) y “amari-

En el siglo xx, las cúpulas sindicales se erigieron en la elite política local, y lo usual fue que la presidencia municipal o las diputaciones fueran ocupadas por líderes obreros. Sin embargo, en diversas ocasiones, la disidencia que apretó la cuña de esta nueva elite surgió del mismo palo fabril del que los alcaldes provenían, y a las nuevas prácticas hegemónicas (ahora totalmente en manos obreras) se les opusieron otras y creativas formas de resistencia “desde dentro”. Y si algo aprendieron los obreros fue a expresar y ocultar aquello que sus adversarios (dentro y fuera de la fábrica) siempre ansiaron escuchar sin lograrlo del todo. A lo largo de la hegemonía de la CTM en el municipio, los principales críticos de los alcaldes obreros fueron sus propios compañeros, quienes sin miramientos los sometieron a un implacable escrutinio durante sus mandatos. “Que no se te olvide de donde saliste, no niegues la cruz de tu parroquia”, le espetó alguna vez un obrero de San Ildefonso al último alcalde obrero cetemista (antes, líder sindical en la papelera de El Progreso Industrial), y quien fuera derrotado en las urnas en 1996 por el candidato del derechista Partido Acción Nacional (PAN), cuya victoria fue arrasadora en los antiguos pueblos obreros.

Luego del fin de la Revolución y hasta los años sesenta del siglo xx se vivió también una feroz y al mismo tiempo entusiasmada competencia entre fábricas, expresada en partidos de futbol, competencias de bandas de guerra o de viento, concursos entre grupos culturales, o piques por “ver quien sacaba (realizaba) la mejor fiesta patria o patronal”.⁸³ En el año 2021, lejos de ser un

llos” (de la CROM), al igual que en El Progreso Industrial se evoca aún la pelea entre “cromianos” y “cetemistas”, y sobrevive un corrido que califica a los primeros como “traidores y chaqueteros”, calificativos que aún hoy son conflictivos en un pueblo cuya fábrica cerró en 1993. Sobre la anarquista Confederación General de Trabajadores (cuyo fin se selló cuando se entregó al priismo cetemista en la década de 1960), *cf.* Guillermina Baena Paz, *CGT. La Confederación General de Trabajadores (1921-1931). Antología*.

⁸³ Entrevista a Cecilio Parra Chanes, extrabajador de Barrón, 11 de junio del 2009.

municipio pujante e industrializado, Nicolás Romero se transformó en un municipio dormitorio, con sus fábricas demolidas o reconvertidas. Empero, ya fuera mediante su lenguaje de señas, sus cohetes lanzados para convocar al mitin (“vámonos a la fábrica, que ya tronó el cohete”), en las fábricas la convergencia y disputa de los discursos público y oculto no impidió a los obreros seguir santificando las fiestas en las pulquerías y robar en modo hormiga en nombre del pueblo de México. Y estas aparentes contradicciones tampoco impidieron que muchos de ellos se aquerenciaran con “su fábrica”, a la que, como nos lo confió don Juan Sánchez, “quise como si fuera mía, a pesar de llegar borracho a trabajar todos los lunes”.⁸⁴ ☒

FUENTES

Archivos

Archivo General de la Nación — AGN

Archivo Histórico del Arzobispado de México — AHAM

Archivo Histórico del Municipio de Nicolás Romero, Estado de México
— AHMNR

Hemerografía

El Diario del Hogar, ciudad de México

El Hijo del Trabajo, ciudad de México

El Imparcial, ciudad de México

El Monitor Republicano, ciudad de México

El Socialista, ciudad de México

La Convención Radical, ciudad de México

Bibliografía

Anales del Ministerio de Fomento, colonización, industria y comercio de la República Mexicana, México, Imprenta de F. Escalante y Compañía, diciembre de 1854.

⁸⁴ Entrevista. Juan Sánchez, exobrero de Barrón, 24 de junio de 2010.

- Baena, Paz. *CGT. La Confederación General de Trabajadores (1921-1931). Antología*, México, Centro de Estudios sobre la Historia del Movimiento Obrero, 1982.
- Báez-Jorge, Félix. “Racismo y etnocentrismo en el pensamiento político del porfiriato y la Revolución mexicana (apuntes para el memorial del etnocidio)”, revista *Sotavento*, Xalapa, Instituto de Investigaciones Sociales, vol. 1, núm. 1, invierno de 1996-1997, 1997, pp. 35-66.
- Barbosa Cruz, Mario. “Controlar y resistir. Consumo de pulque en la Ciudad de México, 1900-1920”, en *Segundo Congreso Nacional de Historia Económica*. Simposio: Las bebidas alcohólicas, siglos XVIII-XX: producción, consumo y fiscalidad, México, El Colegio de México, 2004, pp. 1-41.
- Becerril Montero, José Gustavo. *Las fábricas de San Antonio Abad y San Ildefonso (1842-1910). Producción y tecnología en la manufactura de hilados y tejidos de algodón y lana*, México, INAH, 2011.
- Bortz, Jeffery. “Without Any More Law Than Their Own Caprice”: *Cotton Textile Workers and the Challenge to Factory Authority During the Mexican Revolution*. Disponible en: <<https://www.cambridge.org/core/services/aop-cambridge-core/content/view/897EC91774FE2E8C902CCB-3056C6FD48/S0020859000114907a.pdf/without-any-more-law-than-their-own-caprice-cotton-textile-workers-and-the-challenge-to-factory-authority-during-the-mexican-revolution.pdf>>. Consultado el 30 de diciembre de 2021.
- Bourdieu, Pierre. “Postfacio”, en Erwin *Panofsky Architecture gothique et pensée scolastique*, París, Minuit, 1967, pp. 133-167.
- Camarena, Cuauhtémoc. “Las luchas de los trabajadores textiles mexicanos, 1865-1907”, tesis de Licenciatura en Antropología Social, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1985.
- Camarena Ocampo, Mario. “Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del valle de México en los años veinte”, *Revista de la Dirección de Estudios Históricos*, núm. 7, México, octubre-diciembre 1984, pp. 3-13.
- . *Jornaleros, tejedores y obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850-1930)*, México, Plaza y Valdés, 2001.
- . “La lucha de los hilanderos del valle de México (1920-1928)”, tesis de Maestría en Historia, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1983.
- . “Un estudio de caso sobre el movimiento obrero: la industria textil en el Distrito Federal (1918 a 1925)”, ENAH, Tesis de Licenciatura en Antropología Social, 1981.

- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1993.
- . *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, 1995.
- Documentos para la historia de la industria algodonera en Méjico, en lo fabril y en lo agrícola, o sea, narraciones y cálculos estadísticos sobre ella*, Puebla, en la imprenta de Juan N. del Valle, 1843.
- Galinier, Jacques. *Una noche de espanto. Los otomíes en la oscuridad*, México, Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo/Société d'Ethnologie/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2016.
- García Díaz, Bernardo. *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, México, Fondo de Cultura Económica/SEP 80, 1981.
- García Luna, Margarita. *El movimiento obrero en el Estado de México. Primeras fábricas, obreros y huelgas (1830-1910)*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1984.
- Gómez Galvarriato, Aurora. *Industry and Revolution. Social and Economic Change in the Orizaba Valley*, Mexico, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2013.
- González Navarro, Moisés. “Huelgas textiles en el porfiriato”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. vi, núm. 22, octubre-diciembre 1956, pp. 201-216.
- Gortari, Hira de y Roberto Sandoval. “Producción y clase obrera en el siglo XIX”, *Estudios Políticos*, año XLIX, novena época, núm. 51, septiembre-diciembre, 2020, pp. 151-167.
- Guarisco, Claudia. *Los indios del valle de México y la construcción de una nueva sociabilidad política, 1770-1835*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2003.
- Hamnett, Brian R. “Liberales y conservadores ante el mundo de los pueblos, 1840-1870”. Disponible en: <<https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/7/3481/8.pdf>>. Consultado el 11 de enero de 2021.
- Hart, John M. *Los anarquistas mexicanos 1860-1900*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974.
- Illades, Carlos. *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/El Colegio de México, 1996.
- Ledezma Martínez, Juan Manuel. “Telésforo García: un emigrante montañés en el porfiriato”, en xv Encuentro de Latinoamericanistas Espa-

- ñoles, Madrid, 2012, pp. 990-1000. Disponible en: <<https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00876191/document>>. Consultado el 3 de enero de 2021.
- Massé, Patricia. *Juan Antonio Azurmendi. Arquitectura doméstica y simbología en sus fotografías (1896-1900)*, México, Sinafo/INAH, 2009 (Testimonios del Archivo, 3).
- Monroy Casillas, Ilihutsy. “La voz y la letra en torno a Nicolás Romero: el pueblo y las élites en la creación del heroísmo chinaco”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 42, 2011, pp. 7-36.
- Pacheco Chávez, María Antonieta Ilhui. “Mujeres: tejiendo e hilando a la clase obrera en México. (Las mujeres de La Colmena, Barrón y San Ildefonso durante el proceso de formación de la clase obrera en México, 1846-1920)”, México, UNAM, Tesis de Licenciatura en historia, 1992.
- Rajchenberg S. Enrique. “Tradición e identidad: la clase obrera de Orizaba (1900-1920)”, en *Estudios Sociológicos*, México, El Colegio de México, Vol. 13, No. 39, pp. 395-407, 1995.
- Rozat, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Universidad Veracruzana, BUAP/INAH, 2002.
- Sánchez García, Christian Élfego. “Los pueblos obreros de La Colmena, Barrón y San Ildefonso: reivindicación y cultura obrera en Nicolás Romero, Estado de México, 1847-1929”, México, ENAH, Tesis de Licenciatura en historia, 2017.
- Santos Hernández, Isnardo, “Modernidad y republicanismo en el discurso de los socialistas mexicanos. La prensa socialista (1869-1888)”, tesis de Maestría en Humanidades, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2004.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Ediciones Era, 2016.
- Sierra Gutiérrez, Luis Ignacio. “El poder de la palabra: o la ‘mirada inversa’ de Michel de Certeau sobre el mayo francés”, *Signo y Pensamiento*, vol. xxvii, núm. 53, julio-diciembre 2008, pp. 346-351.
- Trujillo Bolio, Mario. *Operarios fabriles en el Valle de México, 1864-1884*, México, CIESAS/El Colegio de México, 1997.
- Valadés, José C. *El socialismo libertario mexicano, siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de Sinaloa, 1984.
- Vargas Arana, Gilberto Vargas. “La trinidad del hilo y la joya de papel. Desarrollo industrial en Monte Bajo-Nicolás Romero, Estado de México, de la segunda mitad del siglo XIX a la Revolución de 1910. Las fábricas

- de hilados y tejidos de lana: San Ildefonso y de algodón: La Colmena y Barrón, y la papelera El Progreso Industrial”, México, UNAM, Tesis de Maestría en historia, 2014.
- Villaseñor Cornejo, José. “Orígenes del movimiento obrero mexicano. El Gran Círculo de Obreros de México, 1870-1880”, *Avances de Investigación*, cuaderno 51, México, UNAM, 1982. Disponible en: <<https://brevarium.digital/2020/03/28/origenes-del-movimientos-obrero-mexicano-el-gran-circulo-de-obreros-de-mexico-1870-1880/>>. Consultado el 4 de diciembre de 2021.
- Zamacois, Niceto de. *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, t. xv, México/Barcelona, J. F. Parres y Compañía, Editores, 1882.